

# Grupo aparte \*

Alberto Fuguet  
Narrador chileno

## Uno

La primera vez que publiqué un libro, *Sobredosis*, una colección de cuentos, fue en 1990, y la verdad es que no entendía mucho lo que estaba haciendo y, menos aún, por qué. Sólo recuerdo que pensé: “A partir de ahora, las cosas se van empezar a complicar”.

Luego pensé: “¿qué he hecho?”.

Pero ya era tarde. Los dados estaban echados y ya era un escritor. Había ingresado a un mundo nuevo.

Hasta ahora, todo bien.

Lo curioso es que ese mundo nuevo al que accedí, más que agradable, más que culto y libresco, me pareció hostil, aterrador y, lisa y llanamente, malo.

Perverso.

Horroroso.

No sólo eso: este nuevo mundo me pareció complicado, demandante y con extrañas reglas. Con el tiempo, me fui acostumbrando, claro, y hoy creo que sé más o menos como funciona todo esto. Lo más importante, sin embargo, es que, de alguna manera, sigo aquí. No me vencieron.

¿Quiénes?

No tengo bien claro quién.

Un escritor tiende a ser un poco paranoico y los que supuestamente “sobreviven”, más aún.

Con el tiempo me he ido dando cuenta de que los otros, ellos, el llamado ENEMIGO,

- Me di cuenta, además, de que los amigos no sólo podían ser tus amigos, sino tus guardaespaldas. Que los enemigos eran de alguna manera necesarios porque a través de ellos el resto podía saber qué colores calzabas.

digamos, es, en el fondo, el *establishment* y, por lo tanto, si yo publico cada tanto, y si concedo entrevistas (más de la cuenta, a veces) y si edito antologías, yo también, de alguna manera, trabajo para el enemigo.

Lo que me pasó es algo que, casi lo podría apostar, quizás le sucede a todo escritor nuevo:

Sentí que era necesario pedir permiso para ingresar.

Sentí que, para el resto, el éxito, por reducido y arbitrario o imaginario que fuera,

\* Leído en la inauguración del Simposio Internacional “2001, odisea de la narrativa hispanoamericana”, Sala Fundadores, Universidad Central, 22 de agosto de 2001.

era una amenaza clara: si el universo literario era cerrado e incestuoso no era porque sí, sino porque, en efecto, había lugar para pocos.

Si entras tú, salgo yo.

Por eso, quizás, era necesario ser apadrinado.

Capté que la crítica (o el reconocimiento) no era más que el pasaporte visado para continuar adelante.

Me quedó claro, por cierto, que una recepción mala es mejor que una nula.

Me di cuenta, además, de que los amigos no sólo podían ser tus amigos, sino tus guardaespaldas. Que los enemigos eran de alguna manera necesarios porque a través de ellos el resto podía saber qué colores calzabas.

Pero todo eso es pasado. Mi pasado.

Lo que no es tan pasado es que, hoy por hoy, el mundo cultural-literario latinoamericano sigue comportándose relativamente igual.

Sigue siendo un lugar hosco, violento, que incita a la división, y que poco y nada ayuda a la creación.

Quizás *tiene* que ser así. Quizás *deba* ser así.

Los escritores, dicen, somos un raza enferma, egocéntrica, insegura, envidiosa, voyeurista y no merecen un contexto mejor.

Quizás.

Pero yo creo que el contexto puede variar.

Las cosas pueden ser mejores.

Los escritores vivimos de la palabra y creemos, unos más, unos menos, que esas palabras, sin bien no cambian el mundo, al menos sí lo modifican. Si eso es así, entonces me parece clave, urgente, indispensable, comenzar a pautear lo que van a decir de nosotros.

Incluso si no tenemos claro quiénes, en efecto, somos nosotros.

Por eso, cuando me piden que hable del estado de la nueva narrativa hispanoamericana, o comente qué está pasando con esta odisea del 2001 que encuentra a una serie de narradores que están escribiendo en español, prefiero tomar las cosas con sumo cuidado.

El motivo es claro: no me interesa caer en los mismos errores del pasado.

Tengamos mucho cuidado al empezar a hablar de nueva generación.

Tengamos mucho cuidado al empezar a hablar de movimiento.

## Dos

El método que tiene el *establishment* literario-cultural latinoamericano para investigar y analizar es la exclusión.

Divide.

Zanja, elimina, saca.

•

*Los escritores vivimos de la palabra y creemos, unos más, unos menos, que esas palabras, sin bien no cambian el mundo, al menos sí lo modifican.*

•

Uno dice: “Bueno, son –somos– latinoamericanos, lo llevamos en la sangre. Nos gustan los golpes de Estado, llevamos la violencia y la guerrilla en las venas”.

Vale.

Pero yo digo: “También somos gente de letras, gente sensible, gente supuestamente buena onda”.

---

---

Yo mismo me siento más cercano a un escritor nativo-americano de la reservación Couer D’Alene del Estado de Washington, un tipo que escribe en inglés, que a un compatriota mío, de mi edad, que escribe en español.

---

---

Todos estos escritores y críticos, profesores, periodistas, libreros, editores y gestores culturales, es gente que lee, que escribe, que vive en un mundo más abierto, donde todo es mucho más ambiguo, menos concreto.

Es ese grupo, nosotros, que sellamos todo con epítetos como:

GENERACIÓN

MOVIMIENTO

GRUPO

Y, por cierto, el peor de todos, BOOM.

Así las cosas, creativa y simpáticamente,

todo se vuelve etiqueta.

Y todo se vuelve prejuicio.

Yo mismo, supongo, me he equivocado. Bastante.

Pero eso fue antes, esto es ahora.

Más allá de ciertas antologías, de ciertas amistades, de ciertas coincidencias estéticas e ideológicas, la verdad es que la mejor manera de mejorar el ambiente literario-cultural es liberándolo.

Esto es fácil decirlo, suena incluso demagógico.

Libertad, libertad, señores. Libertad.

Pero yo, al menos, puedo vivir con ella. No me asusta.

Está bien: algunos límites pueden ayudar. Quizás el tema de la edad (¿aunque, ahora, importa, de verdad, la edad?), quizás la nacionalidad (¿aunque, ahora, importa, de verdad, la nacionalidad de un autor?), quizás el idioma.

El idioma, al final, es lo único que importa.

¿Lo es?

Yo mismo me siento más cercano a un escritor nativo-americano de la reservación Couer D’Alene del Estado de Washington, un tipo que escribe en inglés, que a un compatriota mío, de mi edad, que escribe en español.

Y aún así, es cierto, no me cabe la menor duda: con ese tipo, un tipo que, por ejemplo, perfectamente podría ser Sergio Gómez, con quien coedité dos antologías, tengo muchísimas cosas en común.

Tantas que nos separan.

Y eso nos gusta, eso es bueno.

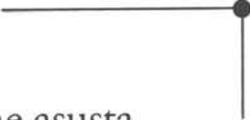
En todo caso, vale: el IDIOMA. Es el idioma lo que nos une.

Pero eso, creo, no basta.

Desde el punto de vista académico, toda esta libertad puede ser caótica, es cierto. Puede parecer libertinaje.

Puede ser.

Ya era hora.



El boom como boom me asusta.  
No deseo que se repita el boom, porque  
creo que no es bueno que seamos el  
postboom, el babyboom, el boomerang.

### Tres

El boom como boom me asusta.

No deseo que se repita el boom, porque creo que no es bueno que seamos el postboom, el babyboom, el boomerang.

Ciertos autores del boom me dan miedo como escritores y, más que nada, como personas.

Es probable, además, que no tengamos (que no tenga) el nivel del boom. Eso, desde luego, lo asumo. Puede ser. Es una lástima, pero puede ser... Pero eso no es, necesariamente, algo malo. Además: ¿qué significa NIVEL?

Creo que tenemos ambiciones distintas, eso es todo. Ambiciones menores, quizás, pero eso no implica que seamos inferiores.

Yo, desde pequeño, he aprendido que los mayores son claves no tanto por lo que te enseñan en forma directa, ni por lo que te dan, sino porque sus errores saltan a la vista. Si uno tiene la suerte y es capaz de reaccionar a tiempo, capaz que no cometa esos mismos errores y se salve antes que sea tarde.

El boom, creo, fue un error.

No los autores del boom, sino el concepto. En su momento, por Dios que funcionó. Pero en un mundo más global, donde las fronteras son más permeables, la idea de tener que

remachar la idea de un grupo que se consolida a partir de quien no ingresa, me asusta y me intranquiliza.

Según José Donoso, “un boom es una creación de la histeria, de la envidia y de la paranoia”.

O sea, un boom es más bien la invención de aquellos que lo ponen en duda.

Como vocablo inglés, dice Donoso, boom está cargado de connotaciones, casi todas peyorativas o sospechosas. Mal que mal, es una onomatopeya que significa ‘estallido’; pero el tiempo le ha agregado el sentido de falsedad, de erupción que sale de la nada, contiene poco y deja menos. Bomb, por otro lado, también es una onomatopeya y significa bomba y es negativo e implica lo peor, los rastros que quedan después de un estallido.

¿Boom o bomb?

El boom, como sabemos, optó por coronar y canonizar a un escritor por país. Algo así como Miss México, Miss Perú, Miss Chile, Miss Colombia...

Esto, por cierto, a estas alturas, no es nada nuevo.

Lo que quizás está menos estudiado son aquellos que no alcanzaron a llegar, que fueron

avasallados por estos otros megatriunfadores que, como si eso fuera poco, escribían meganovelas totalizadoras donde no había espacio (o libertad) para simplemente ser menos grandiosos.

En Chile sé de un lastimoso ejemplo. Un tipo que, al final, sólo logró darle rienda a su envidia y mala leche. Todo su talento lo gastó en intentar penetrar los gruesos muros del boom. No lo logró y, peor aún, no logró siquiera plasmar una obra mínimamente interesante.

Esto, claro, no es culpa del boom. Por cierto que no. Pero si siento que, en otro contexto, un contexto menos competitivo y excluyente, quizás esta voz hubiera al menos encontrado un eco y, luego, un nicho.

La misma presión a que se sometieron los del boom fue tal que ellos mismos, creo, terminaron presos de su propia imagen y, después de las obras maestras de los sesenta, buena parte de ellos comenzaron a competir con su propio mito.

Esto no le pasó a las figuras de la segunda fila del boom o del postboom. Me refiero a figuras como Manuel Puig, Guillermo Cabrera Infante, Alfredo Bryce Echenique y Jorge Edwards.

Estos autores no alcanzaron a ingresar al círculo más cerrado del boom y, sin embargo, ahora que ha pasado un tiempo, para mí, al menos, son los que más interesan.

En otras palabras: son aquellos que me han abierto más puertas literarias y, sobre todo, me han llenado de libertad.

Para mí, la figura de cada uno ha sido un ejemplo por la manera poco megalómana, no totalitaria, con que se aproximaron no sólo a sus textos sino también como figuras públicas.

Básicamente: no fueron demasiado públicos. Y eso, me parece, es algo digno de imitar.

#### Cuatro

A riesgo de equivocarme y de caer en lo que acabo de rechazar, es decir, en intentar catalogarnos, creo que la mayor y la más importante de las características que pueden definir a la actual oleada es justamente esta libertad.

Libertad e idioma y poco más.

Lo que, en rigor, no es poco.

Libertad para hacer lo que uno desea.

Libertad para no tener que armar a la fuerza un grupo. Para no tener necesidad de andar por la vida defendiendo nuestros escasos

La misma presión a que se sometieron los del boom fue tal que ellos mismos, creo, terminaron presos de su propia imagen y, después de las obras maestras de los sesenta, buena parte de ellos comenzaron a competir con su propio mito.

.....

*Escribir es tener  
claro que el único  
grupo al que uno  
pertenece es el que  
forman los  
personajes que uno  
inventó.*

centímetros cuadrados de territorio literario con guardaespaldas que pegan mejor de lo que aconsejan.

Los actuales narradores hispanoamericanos no son un grupo.

No somos un grupo, por lo que no puedo hablar en plural.

No somos –perdón, no son el boom, el boomerang, el babyboom.

Si lo fueran, no podrían ser tan libres.

Cualquiera sabe que para ser socio de un club, es clave aceptar sus reglas. Y pagar las cuotas. Y recomendar socios.

Como dijo Woody Allen citando a Groucho Marx, al inicio de *Annie Hall*, nunca sería socio de un club que aceptase a alguien como yo como miembro.

Ahora bien: sé que existo. Y que escribo. Y que publico.

Sé que tengo menos de cuarenta.

Sé que escribo en español.

Sé que soy chileno o, al menos, que vivo allá y que escribo sobre Chile.

Sé, por lo tanto, que podría, perfectamente, ser parte de un grupo.

Sé que, una vez, sin querer, o queriendo, hice una antología que sonó a grupo, a manifiesto, a círculo cerrado. McOndo se llamó. Yo creo en McOndo. Creo que es un país. Creo que McOndo está en todas partes, pero no creo que sea un grupo de escritores. Creo que, quizás, ciertas voces representan a un grupo, numeroso, de gente. De gente que prácticamente no lee.

A lo que quiero llegar:

Si somos una voz, una generación, un movimiento, eso está por verse.

A todos mis colegas escritores hispanoamericanos les deseo la mejor de las suertes. Que escriban lo mejor posible.

Pero creo que no nos corresponde a nosotros establecernos como grupo y tenemos que hacer lo posible para intentar que no nos clasifiquen. Claro, si Carlos Fuentes fuera parte de este grupo fin-de-siglo, seguro que ya estaríamos todos matriculados en un grupo.

Por suerte, Carlos Fuentes no tiene mi edad.

Todo esto es discutible, claro, lo sé.

Lo que es menos transable es esto de la libertad

Yo huelo libertad en ciertos autores nuevos y, por fin, la huelo en mí.

Escribir es nunca tener que decir lo siento.

Escribir es tener claro que el único grupo al que uno pertenece es el que forman los personajes que uno inventó.

**hojas Universitarias.....**